UCLA
Mester

Title

Lazlo Moussong. Castillos en la letra . Xalapa, México: Universidad Veracruzana, 1986. 179.

Permalink

https://escholarship.org/uc/item/4q11s215

Journal

Mester, 16(2)

Author

Radchik, Laura

Publication Date

1987

DOI

10.5070/M3162013832

Copyright Information

Copyright 1987 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at https://escholarship.org/terms

Peer reviewed

eScholarship.org Powered by the California Digital Library
University of California

Review

LAZLO MOUSSONG. *Castillos en la letra*. Xalapa, México: Universidad Veracruzana, 1986. 179.

Lazlo Moussong, periodista mexicano, productor de radio, crítico de arte y actualmente subdirector de la revista *Plural*, lanza al público su libro *Castillos en la letra*, libro difícil de encasillar dentro de cualquier género tradicional. Lazlo nos sitúa ante una literatura desolemnizada que nos evoca un tanto a Woody Allen, Vian, Privert y, sobre todo, Nasrudin.

El libro sugiere un juego de cartas como el tarot, que penetra en lo oculto, lo escondido del hombre y la mujer. Pone al descubierto los prejuicios humanos, los convencionalismos sociales, los vicios, la hipocresía . . . Temas tradicionales, sí, pero presentados de una manera diferente pues el libro, dividido en cartas, no necesita de una lectura linear para descubrirse; se abre al azar, y cada lector es invitado a jugar con la carta que el autor le tiene asignada. Las pasiones humanas se van deshilvanando: desde el lenguaje astillado en infinidad de laberintos, como los espejos de Alicia, hasta la sangre egótica que termina por consumirse a sí misma en Transilvania donde también, créase o no, la desesperanza es posible. Se percibe la presencia de una angustia existencial donde aún en la "morada de los vampiros" la soledad asfixia a los protagonistas:

> Su obligada soledad lo llevó al suicidio: se dejó morir de hambre cortándose las muñecas.

El autor maneja la ironía de una manera inteligente, de ahí que no se le pueda juzgar ni condenar, ni equipararlo con el diablo cuando le da por retar al mismo Dios. Ni siquiera se cuestiona. Tan sólo expone hechos y situaciones, personajes, en su propio estilo provocativo, dejándole total libertad al lector para que tiemble, se inquiete, se mire, traspase su propia apariencia y aterrice en sus vísceras cotidianas empolvadas de convención e hipocresía. Hay un cuestionamiento de la moral:

> . . . la moral no es sino intelectualización que hace creer que se cambia o se quiere cambiar y, en cambio, es muy útil para evadir el cambio.

Cada carta de *Castillos en la letra* nos depara una sorpresa. El autor consigue que nuestro ánimo vaya de la risa a la reflexión a la sonrisa

monalística; los temas son versátiles. Puede hablar de la muerte y convencer al lector de que su salvación está en la renuncia a este mundo, o sorprenderlo con una historia humorística sobre vampiros, o presentar una imagen polémica y sarcástica de la mujer, como lo ilustra "Si culpas mi desacato" (una canción de amor):

> Me pregunto: en qué habrán terminado aquellas jovencitas que, sin duda, alguna vez dijeron de un joven llamado Alberto Einstein: "¡Ay no! Yo con ese idiota no salgo." Quizá en señoras con el cerebro dedicado a jugar al bridge con sus iguales.

Nuestro autor es filósofo, intelectual, poeta, y él mismo: creador de un nuevo humor —quizá el de siempre, sólo que renovado—; maestro de los neologismos, eterno buscador de lo que sólo podría encontrarse más allá de Transilvania porque lo demás, lo humano, los "medios," los conoce de memoria. El tema central del libro es el ansia de libertad y la necesidad de desatar al ser humano de pasiones, prejuicios y atavismos que lo han mantenido preso en sí durante tanto tiempo. Es, al fin, una exaltación para que cada uno mire las cartas que tiene en frente y tome una:

> Camaradas fines: Mantened siempre encendida esta verdad: Sólo podremos ser libres cuando nos hayamos aislado del todo, en principio del hombre, en seguida del resto de la existencia y, finalmente, de nosotros mismos.

Con el libro en la mano, el lector sentirá la tentación de jugar . . .

Laura Radchik
University of California,
Los Angeles